

# LA HOJA PARROQUIAL



## Domingo IV después de Pascua

«Jesús dijo a sus discípulos: Yo voy a aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Etc». (Joan., XVI, 5-14).

Tuvo lugar esta plática del Maestro con sus discípulos en la noche de la última cena, cuando ellos estaban tristes porque les había hablado de su pasión y muerte, que era ya inminente, y de la separación de ellos como consecuencia.

Y para consolarlos, les dice que reflexionen y piensen, no en la separación momentánea que les causa tristeza, sino en la felicidad de que va a gozar en el cielo, a la diestra de su Padre celestial.

Algo consolaría a los Apóstoles esta reflexión; mas no todo lo suficiente, porque no estaban aun iluminados por la virtud de lo alto para ver las cosas por el prisma de lo sobrenatural. Por este prisma debemos siempre mirar los cristianos, si es que lo somos de veras. Nuestra fe no ha de ser puramente teórica, sino muy práctica, de modo que influya en todos nuestros actos y

**Piensa, estando atribulado, que tus dolores y penas van royendo las cadenas que aquí te tienen atado.**

en todas las circunstancias de la vida en que nos encontremos.

Si tenemos una fe tan firme y arraigada, no habrá tribulación que nos lleve a desesperarnos; aunque no podremos desprendernos de los sentimientos naturales, ni dejar, por tanto, de sentir lo que nos daña o molesta.

La reflexión que hace Jesucristo a los discípulos es capaz de endulzar todos nuestros pesares; como endulzaba los suyos cuando se le acercaba por momentos la pasión más dolorosa que han visto los siglos, dejándole todavía ánimo para consolar a los demás.

Porque, en expresión del Apóstol, «se deben reputar por nada todos los sufrimientos de esta vida, comparándolos con la gloria que

por ellos se nos dará». Mas aún: debemos bendecir nuestros trabajos y penas, como bendice un preso la roña que va consumiendo las cadenas que le atan; pues estos trabajos y penas nos van desprendiendo poco a poco de este cuerpo que nos impide volar a la mansión celestial.



## AMOR DE FIERAS

—Entre usted, Padre.  
 —¿Está muy mal el enfermo?  
 —Desahuciado.  
 —¿Ha pedido los Sacramentos?  
 —Sí, los ha pedido; pero ha dicho que sólo cuando se vaya a morir.  
 —Pues esta es la ocasión.  
 —Es que no sabe que se muere.  
 —Se lo diré yó. Vamos allá.  
 —Espere usted, Padre; no se lo diga de repente. Será la puñalada terrible.  
 —Pero, señora, ¿cómo ha de recibir los Sacramentos sin advertírsele?  
 —Es que, un golpe así... Es mi marido... y usted comprende... ¡Pobrecito mío!  
 —Precisamente, por el amor que usted le tiene, querrá que salve su alma.  
 —Sí, sí, tía —intervino una joven.  
 —Pero es que el enfermo se pondrá peor, es que...  
 En esto el médico, un joven de afectada seriedad, salía de la cámara del moribundo. La mujer se le acercó como a una tabla de salvación.  
 —¿Mal?—le preguntó.  
 —Mal.  
 —Verdad, doctor, que una emoción cualquiera...  
 —Nada de emociones.  
 —Es que el Padre venía para...  
 —Ya lo he supuesto. Usted comprenderá, *Pater*, —díjome el galeno mirándome por encima del hombro—usted comprenderá que, ya que no se puede salvar al enfermo, a lo menos hay que evitarle golpes que serían fatales. Por otra parte... aunque yo respete mucho eso de los Sacramentos, una conmoción así...  
 —Lo sacramentaremos más tarde—dijo interviniendo otro señor que debía ser por lo menos hermano del enfermo, según lo que mangoneaba.  
 —Usted comprenderá, Padre...—dijo la afligida esposa.  
 —Usted comprenderá...—repitió el médico.  
 —Sí, señores, lo comprendo todo—dije yo—y, con permiso de ustedes, me retiro.  
 —No lo tome usted así, Padre. Espere un poco.  
 Pugnó interiormente entre mi dignidad y la caridad que el caso requería. Venció la

caridad: me quedé. El médico marchó. Libre del hombre de la ciencia, que así amaba a su enfermo, expuse claramente.

—El enfermo se muere. Los Sacramentos tiene que recibirlos con algún conocimiento siquiera de lo que hace.

—Es que... es que... ¡Ay, pobrecito mío!

—¿Hace mucho que se ha confesado?

—Unos cuarenta años; desde que se casó. ¡Como quien no dice nada! Hablé, razoné, medio convencí a la *afligida esposa*, y al cuñado (que al fin como tal me presentaron). Me dejaron obrar por fin: entré en la alcoba.

—El Padre viene a verte tío.

Mirada de extrañeza del moribundo.

—Buenos días, amigo mío—saludé yo.

—Buenos—contestó él con torpe lengua.

—El Padre—siguió la sobrina—que viene a menudo a casa (*mentira*), ha entrado a visitarnos; le hemos dicho que estabas delicado y a querido verte.

—Gracias; ya estoy mejor. El médico ha dicho...

—Sí, que estás mejor—confirma la mujer.

—Mucho mejor—añade el hermano.

—Sin embargo—objeto yo—bueno sería... Usted está grave, y...

—El Padre siempre recarga un poco los colores sombríos para convencer—opinó sonriendo el hermano.

—Ya lo comprendo—dijo el enfermo hablando con gran esfuerzo.—Padre, gracias por el interés, pero no estoy para eso. Cuando esté para morir.

—Pero, tío—objeta la sobrina—confesar nunca hace mal. Además hago una novena para tí.

—¿Pero me muero?

—Muy grave está usted—dije yo.

—¡Qué disparate!

—De ningún modo.

—¡Qué cosas tienes!

Todo esto lo dijeron estos en tropel para ahogar mis palabras fatídicas. El enfermo me juzgó exagerado.

—Padre—dijo sonriendo—ya ve que no me muero.

Le cogí la mano; le hablé con el corazón en los labios: eché una que otra mirada de enojo a los miembros de aquella *cristiana* familia que impedían mi obra de salvación; apremié al enfermo.

—¿No cree usted, amigo mío? (Hice señal a

los circunstantes para que se fueran poco a poco.)

—Créolo todo, Padre. He sido un poco olvidadizo de la religión, pero tengo fe.

—Pues entonces...

—Es que...

—Vaya, ánimo.—Todos habían marchado. Estaba sólo con el enfermo.—Yo le hablaré. Usted sólo tiene que decir sí o no. Vamos, pues, a confesar.

El enfermo desasíó su mano de la mía y dijo con extraña energía.

—No: no estoy para morir; mi familia, que no me engaña, lo asegura.

Aquél no, me dejó frío.

¿Dónde están? ¿Por qué se han ido?—preguntó mirando a todas partes; luego tocó el timbre. Apareció la mujer, seguida de los otros.

—¿Por qué os vais?—preguntó el enfermo. Me levanté descorazonado.

—Adiós, amigo—dije dando mi mano al enfermo, a quien mi presencia molestaba.—Volveré otro rato.

—Gracias.

Al despedirme de la familia, ya en la puerta de la escalera, dije:

—Si muere sin Sacramentos, ustedes serán responsables ante Dios.

—Pero, Padre...

—¡Ay, pobrecito mío!

—Dispense usted que...

Con todas estas frases dichas por diversas voces, me despidieron mientras bajaba los tramos. Aún oí al salir la voz de la sobrina que decía:

—Le llamaremos, si ocurre algo.

\* \* \*  
¡Friolera, lo que estaba ocurriendo!

—¡Corra, Padre, que se muere!

Entré en la alcoba. *Aquello* no era ya un hombre: eran los tristes despojos de la muerte.

Lo toqué: estaba frío. Le dí la absolución *sub conditione*.

A la familia no le dije nada.

¿Qué le iba a decir?

\* \* \*  
Al día siguiente encontré sobre la mesa de mi celda este recordatorio fúnebre:

«Ha muerto cristianamente el señor don Fulano de Tal, habiendo recibido los últimos Sacramentos. Su amante esposa, hermanos, etc., etc.»

Me sonreí tristemente.

## UN CENTENARIO NOTABLE

Hoy, día catorce de Mayo, hace justamente 200 años que se apareció el Sagrado Corazón de Jesús al P. Bernardo de Hoyos y le hizo esta solemne promesa; *Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes.*

Con tal motivo, se celebrarán cultos especiales en la mayor parte de las iglesias de España: triduos, comuniones, exposiciones solemnes etc. A ellos debemos asistir cuantos anhelamos que venga cuanto antes y con la mayor intensidad este dulce reinado, pues no hay duda que el Sagrado Corazón condiciona su promesa a nuestra fidelidad y oraciones.

En donde no se haga nada colectivamente, procure cada uno hacerlo por su cuenta, sobre todo la comunión y acto de consagración al Corazón de Jesús, y animar a otros a que hagan lo mismo, con lo que tendrán parte en esta consoladora promesa del Corazón Sagrado: *Los propagadores de esta devoción tendrán su nombre escrito en mi Corazón, y jamás se borrará de El.*

oo

«Si un pueblo está veinte años sin Sacerdote acaba por adorar a las bestias».

*El Santo Cura de Ars.*

oo

## FALSA PIEDAD

Un duro sevillano,  
a fuerza de pasar de mano en mano,  
y harto ya de correr, dando piruetas  
por cajones, taquillas y ruletas,  
vino a caer por obra de un tenorio,  
en bandeja de mesa petitorio;  
y al verse en Jueves Santo y en el templo  
comenzó a ponderar su buen ejemplo.

—¡Ay, *Jesusito* mío *Nazareno*!  
¡De verdad. *Paresito*, que soy bueno!  
Al oírle una humilde peseteja,  
borrosa ya por lo sobada y vieja,  
con la gitana sal de las pesetas,  
le interrumpió con estas cuchufletas:

—Calla, *recondenao*, que me da risa,  
y es un pecado reirse estando en Misa.  
¿Eres tú de esos necios, alma en pena  
que si van con la novia a la Novena  
o dan una *perrilla* a un *churumbelo*  
piensan que ya han comprado medio cielo?



**Cultos.**—Continúa el ejercicio de las Flores en la misa de siete. Hoy domingo, comienza la novena a Sta. Rita, a la hora del rosario, 7 de la tarde. El viernes, como 19 de mes, la comunión de los devotos de S. José, a las 8, y los cultos de la tarde a las siete.

**Indulgencias.**—Tienen plenaria los Terciarios el miércoles, jueves, viernes y sábado.

**Bautizados.**—El día 6, María del Carmen Rodríguez de la Vega, nacida el 11 de abril, Azcárraga 29. El día 7, María de las Nieves Gloria González Fernández, nacida el 15 de abril, M. Vigil 1; y María Josefa Clementina Alonso Méndez, nacida el 2 de mayo, Campo de la Vega 3. El día 8, José Manuel Alonso Fernández, nacida el 27 de abril, M. Vigil 19. Dios los haga buenos cristianos.

**Casados.**—El día 8, don José María Velasco Díaz, de Avilés, con doña María del Carmen Díaz Fernández, de Turón.

Enhorabuena y para servir a Dios.

### Comunión a los enfermos

El domingo, 21 de este, es el día destinado para llevar la comunión a los enfermos e impedidos de esta parroquia. Los familiares de los mismos saben la obligación grave que les incumbe de procurar que cumplan con Pascua, como todo fiel cristiano, y avisarán durante esta semana para ir a confesarlos la víspera.

Aunque, debido a las circunstancias, no pueda llevarse el Viático con la solemnidad acostumbrada, deben asistir a acompañarle cuantos puedan. Se llevará al terminar la misa de siete.

### Lista de donantes para un sagrario

Han continuado recibiendo objetos de plata. De la niña Margarita F. Crespo, varios objetos; de una feligresa, dos bolsillos; de una señorita, una cadena y una medalla; de otra feligresa, un vaso; de doña Pilar Sama, una cadena con medalla.

La lista de limosnas es como sigue:

	Pesetas
Suma anterior. . . . .	1.520,10
Una feligresa . . . . .	5
D. <sup>a</sup> Lola Alvera (segunda vez) . . . . .	1
» Josefa Argüelles . . . . .	5
» Socorro M., Vda. de Pondal . . . . .	5
Una feligresa . . . . .	5
Una devota . . . . .	2
Suma. . . . .	1.543,10

Continúa abierta la suscripción.

### La primera Comunión

Parece que han surgido algunas dificultades para hacer en la Catedral la primera Comunión de todas las parroquias, según se había acordado en un principio. Así que ésta tendrá lugar en nuestra iglesia parroquial, el mencionado día 28, a las ocho.

Aunque con esto nos privemos del grandioso espectáculo que había de constituir el acto de todos en conjunto, tendremos por otra parte la satisfacción de hacerlo más cómodamente y a nuestro gusto, y nos consta que a los padres de familia les agrada también más hacerlo en su propia parroquia.

### Del septenario de S. José

Revistió este año el septenario de S. José, que terminó el domingo último, una solemnidad inusitada. El templo se vió atestado de fieles todos los días en progresión creciente. Ello fué debido particularmente a las elocuentes oraciones sagradas pronunciadas por el ya de antiguo conocido P. Ciarán, que conserva todas las energías de su juventud. Desarrolló temas muy en consonancia con las necesidades de hoy, en que tan poco se imita la humildad, laboriosidad y paciencia del santo Carpintero de Nazaret y los ejemplos todos de aquella familia que debiera ser el modelo de todas las familias cristianas.

Ahora lo que hace falta es que no olvidemos las exhortaciones que oímos, porque escrito está que no los oidores, sino los cumplidores de la Ley serán justificados.

NOTA.—¿Has leído LA HOJA? Pues dála a otro que la lea.